

# LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

La Fiesta del Bautismo del Señor pone fin al tiempo de Navidad y marca el inicio del ministerio público de Jesús. Pasamos del asombro silencioso del nacimiento a la acción: al testimonio, a la entrega y al propósito espiritual. Para quienes estamos en recuperación de adicciones, compulsiones y apegos no saludables, esta fiesta nos recuerda nuestros propios momentos decisivos: aquellos en los que salimos del aislamiento y de la oscuridad para entrar en una vida nueva mediante la humildad, la comunidad y la gracia de Dios.

El Evangelio de este domingo relata un momento poderoso y formativo en la vida de Cristo. Después de viajar desde Galilea hasta el Jordán, Jesús se acerca a Juan el Bautista con una petición que lo sorprende: ser bautizado. Juan se resiste, diciendo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” Pero Jesús le responde: “Déjalo ahora, porque conviene que así cumplamos toda justicia” (Mateo 3,14-15).

Juan accede, y cuando Jesús sale de las aguas, los cielos se abren, el Espíritu desciende como paloma y la voz del Padre declara: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3,17). En este momento, Jesús es revelado como el Ungido y comienza su misión.

Esta escena tiene un profundo significado para quienes estamos en recuperación. Aunque Jesús es sin pecado, se somete al bautismo como un acto público de humildad y solidaridad con la humanidad. Entra en las aguas no por Él, sino por nosotros. Al hacerlo, santifica el acto de la entrega,

el mismo principio que practicamos cuando admitimos nuestra impotencia y ponemos nuestra voluntad y nuestra vida en manos del cuidado de Dios.

En la recuperación, el bautismo evoca el comienzo de una vida nueva. Muchos llegamos a la recuperación sintiéndonos perdidos, avergonzados o indignos. Pero, como Jesús en el Jordán, somos recibidos por el Espíritu Santo y recordados de quiénes somos en verdad: hijos amados de Dios. No es nuestra perfección, sino nuestra disponibilidad, lo que agrada al Señor.

El inicio del ministerio público de Jesús refleja lo que sucede cuando comenzamos a vivir los principios de los Doce Pasos. Nos convertimos en testigos del poder de Dios, compartiendo nuestra experiencia, fortaleza y esperanza con quienes aún sufren. Nuestra fe se encarna cuando hacemos reparaciones, extendemos compasión y participamos en una nueva manera de vivir.

La voz de Dios sigue hablando: “Tú eres mi hijo amado”. Esta es la identidad que asumimos, no una moldeada por la adicción o por los escombros del pasado, sino una arraigada en la misericordia de Dios. Cuando vivimos desde este lugar de verdad, nuestro despertar espiritual continúa y nuestras vidas se convierten en un canal de gracia para los demás.

Las aguas del bautismo simbolizan tanto la muerte como la vida nueva. En la recuperación, morimos a los viejos patrones que nos mantenían atados y resucitamos con la esperanza que viene de Dios. No estamos solos.

Al trabajar los Pasos y apoyarnos en la fraternidad, recordamos que Dios sigue revelándose a través de nuestras acciones, nuestro servicio y nuestra entrega.

Tomemos tiempo esta semana para reflexionar sobre la gracia de nuestro propio comienzo: cuando dijimos sí a la recuperación, sí a Dios y sí a ser hechos nuevos.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué te revela el bautismo de Jesús sobre tu propio comienzo en la recuperación?
- ¿Cómo te relacionas con la idea de morir a una forma antigua de vivir y resucitar a una vida nueva en Cristo?
- ¿De qué manera Dios te llama a vivir como su hijo amado esta semana?

## LECTURAS DOMINICALES

**PRIMERA LECTURA** Isaías 42,1-4. 6-7

**SALMO RESPONSORIAL** Salmo 29,1-2. 3-4. 9-10

**SEGUNDA LECTURA** Hechos 10,34-38

**EVANGELIO** Mateo 3,13-17